

EL AMOR HUNDIDO



Siempre mira por su ventana. Él jamás volvió: a pesar de su promesa y de sus esfuerzos, la dejó sola, con todos sus recuerdos aferrados al corazón. Tantos años, tantas generaciones y tantas historias se han acumulado sobre el naufragio que los separó que muchos lo olvidaron y pocos recuerdan algunas de las explicaciones que se dieron a la terrible catástrofe. Para unos, los que poseían una mentalidad más científica o que nunca habían horadado la mar, el faro simplemente se estropeó en el momento menos oportuno y la noche se encargó de precipitar el barco junto con los dos cargueros al fondo del mar: las apodaban “Las Tres Carabelas”. Los otros, los que creían en otra causa y que las defendieron hasta el final de sus días, se fueron distanciando de este mar, como quien trata de borrar un mal recuerdo: Madrid, Aragón, Toledo o los pueblos del interior de Málaga fueron sus destinos y

nunca más se le reflejó el mar en sus pupilas. No obstante, la leyenda continuó viva, por boca de aquellos marineros en tierra, que la fueron contando a todo el que le prestase oído.

Como suele ocurrir con las historias que se relatan, cada narrador hacía más hincapié en un aspecto que en otro. Así, en Figueras, se resaltó la angustiada espera de la amada y su melancólica existencia junto a su ventana. En los pueblos del interior de Málaga, se increpó al farero y a la compañía. En Teruel, se vivió la agonía del naufragio y de las lágrimas del marinero al saber que la muerte no iba a volver a permitirle decirle que la quería ni escuchárselo de su boca una vez más. Y, en Toledo, el más atrevido, sincero y anciano de todos, habló de ese animal imposible, de ese caballo del que hablan los mitos marinos y que habitan en las profundidades: el hipocampo.

Siempre, el destino es caprichoso y la historia, inolvidable. Lamentablemente, conviví poco tiempo con mi abuelo y no poseo muchos recuerdos de él. No obstante, sí soy capaz de rememorar la tragedia de la amada y de su marinero, así como la descripción del monstruoso hipocampo. Lo que jamás hubiera llegado a imaginar, es que viviría y pasearía por las mismas calles las que terminaron las esculturas que recogen la memoria de esta silenciosa leyenda: el faro apagado de los arquitectos Cepedano y Barrios, en la Plaza de Monseñor Rodrigo Bocanegra; la enamorada Galarina, mirando por su ventana, del figuerés Salvador Dalí, en la Avenida del Mar; los barcos eternamente hundidos, del turolense Pablo Serrano, en la Avenida Severo Ochoa. Y el hipocampo, tratando de ser domado por la enamorada, para evitar el desastre de su amor, en la escultura del toledano Amador Braojos, de la Avenida Ramón y Cajal, llamada “La bella y el mar”.

Rogelio Rodríguez Cáceres

Marbella (Málaga)

6ª Finalista del II Concurso de Relatos de Marbella Activa.

